

INTERNACIONAL



Nicolás Maduro inaugura el canal de televisión de la Fuerza Armada Venezolana, el sábado en el palacio de Miraflores. / PRENSA MIRAFLORES

Maduro crea el chavismo sin Chávez

El presidente de Venezuela ha salido fortalecido por las urnas en 2013, pero la crisis económica puede cambiar su suerte en cualquier momento

ALFREDO MEZA
Caracas

Es cierto: no tiene el carisma de su padre político Hugo Chávez y quizá tampoco concita en torno a sí la unanimidad de todo el chavismo. Pero nadie podrá negarle al presidente de Venezuela, Nicolás Maduro, que culmina 2013 mucho más fortalecido en lo político que como estaba a comienzos de año. Hoy tiene la fuerza para convocar a un diálogo condicionado con la oposición. La base de ese entendimiento será el programa de gobierno, llamado Plan de la Patria, escrito por el líder bolivariano en 2012, y que, según sus críticos, contradice a la Constitución.

Su actual situación es una suma de aciertos propios y errores de sus contrarios. Tras nueve meses en el poder, se permite no ya imitar sino hacer de Hugo Chávez. El diálogo implica la aceptación de un modelo que reduce la propiedad privada como motor

de la economía mediante el desarrollo de empresas comunales de propiedad social, y avala la creación de las comunas, un ente de gobierno local controlado por el poder central, que resta competencias a las alcaldías y gubernaciones. Valga este otro ejemplo: el fin de semana pasado el jefe del Estado apareció en La Habana para conversar con los hermanos Castro. Fue una corta y no anunciada visita, no autorizada por la Asamblea Nacional, tal como las que solía hacer su predecesor. "Tuvimos largos encuentros de conversación y trabajo con el comandante Fidel Castro", agregó Maduro en su mensaje de vísperas de Navidad.

Más que un gesto que ratifica que los estrechos lazos que Chávez forjó en vida con los Castro, la visita representa un hito personal para Maduro. El día de Navidad parecía como si el tiempo hubiera retrocedido a los meses previos del diagnóstico de la enfermedad de Chávez. Es esa

sensación de que este presidente tampoco tiene límites en el ejercicio del poder y que las formalidades son prescindibles.

Maduro había disimulado el desprecio por los formalismos cuando su Gobierno apenas se sostenía. En abril, tras una pirrica y cuestionada victoria sobre el abanderado opositor Henrique Capriles Radonski, había rebajado el perfil arrogante del movimiento que le apoya y tendió puentes con el sector privado en aras de encontrar soluciones al crónico desabastecimiento que azota a este país. Mientras tanto el pragmático ministro de Finanzas, Nelson Merentes, sugería una flexibilización del rígido control de cambio para oxigenar la economía. Incluso hubo un acercamiento con Estados Unidos durante la Asamblea General de la OEA celebrada en junio. A día de hoy todos esos indicios aparecen como una manera de ganar tiempo a la espera de que la demanda de la oposición en los tribunales

—que reclamaba la victoria en las elecciones—, fuera desestimada por el Tribunal Supremo, cuyos 32 magistrados tienen como primera credencial el chavismo. Así, tres meses después de su elección, Maduro retomó la costumbre de gobernar de espaldas al 49% de la población que entonces apoyaba a la oposición.

El elevado gasto público es quizá la principal razón por la cual el chavismo mantiene tantas simpatías entre la mayoría de los venezolanos. Las constantes elecciones —19 en los últimos 15 años— son la excusa para mantener el frenesí de repartir dinero a través de programas clientelares y mantener movilizada a la base afecta al *proceso bolivariano*. A pesar de todo esto, Maduro comenzó un lento declive hasta el mes de noviembre. Las encuestas mostraban un rechazo a su gestión. En octubre, según la encuestadora Hinterlaces el 69% de la población consideraba que el país no iba por buen camino.

Los asesores oficialistas tomaron nota del declive. El 8 de noviembre Maduro dio un golpe en la mesa y ordenó la ocupación de la cadena de tiendas de electrodomésticos Daka para confiscar y vender sus existencias a precios fijados por el Gobierno. Fue el inicio de un plan ambicioso que pretende regular los precios de todos los bienes y servicios que se ofertan en el país, con el argumento de que los comerciantes especulan e inducen un incremento artificial de la inflación, que en un año alcanzó 54,3%. El margen máximo de ganancia

Maduro tiene el reto de lidiar con los negros vaticinios del corto plazo

Los sectores populares no están dispuestos a votar a la oposición

aún no ha sido establecido de forma oficial, pero ronda el 30%.

Una medida como esta permitió a Maduro recuperar 12 puntos y coronar una victoria del Gran Polo Patriótico, la alianza de organizaciones oficialistas, en las elecciones municipales del 8 de diciembre. Pese a que la oposición avanzó conquistando importantes capitales de provincia y aumentó el número de alcaldes, la suma de los votos nacionales mostró una brecha similar a la última victoria obtenida por Hugo Chávez en octubre de 2012 (alrededor del 10%). La diferencia entre esas dos Venezuelas ha vuelto a manifestarse. Ni los sectores populares parecen dispuestos a pasar masivamente del lado de la oposición, ni el chavismo ha logrado conquistar a las clases medias.

Maduro tiene el reto de lidiar con el negro vaticinio del corto plazo. La escasez, derivada de los controles de los precios de los alimentos y bienes básicos, la ineficiencia y la falta de recursos, amenaza con alcanzar niveles nunca vistos. El Gobierno, que ha demostrado su ineficiencia como administrador, ahora asumirá tareas en la economía hasta ahora en manos privadas. El fin de la resaca navideña marcará el inicio de una etapa inédita.

El caos árabe-africano

SAMI
NAÏR



Egipto, 24 de este mes, atentado con coche bomba en Dakahliya: 15 policías muertos. Desde el golpe de Estado de julio de 2013, la represión contra los islamistas egipcios ha causado más de 1.000 muertos y miles de prisioneros; los militares reinstauran, sin prisa pero sin pausa, la dictadura; el Sinaí se convierte, por

primera vez en la historia de este país, en zona de guerra abierta entre islamistas y militares. Sudán: a la disgregación de la unidad territorial del país, que ha generado, bajo la presión de los occidentales y especialmente de EE UU, la creación de un Estado independiente en el Sur, le sigue la guerra dentro del nuevo Estado por el control de los campos petrolíferos. La ONU se ve obligada a enviar otros 6.000 soldados, añadidos a los 7.000 ya en la zona, para evitar masacres interétnicas. Siria: cada bombardeo sobre Alepo mata a centenares de civiles. Desde comienzos de 2013, se cuentan miles de muertos en el país. Ninguna solución a la vista. Palestina: parálisis del proceso de paz; atentados y asesinatos periódicos provenientes de ambos contendientes. Irak: guerra civil *total*, secesión progresi-

va del norte kurdo, expansión de las bases de Al Qaeda.

Libia: el país es ya ingobernable, las tribus se devoran entre sí, los terroristas de Al Qaeda, bajo diversos nombres, controlan segmentos completos de territorios en el sur. Las potencias occidentales, al igual que en Irak, concentran sus fuerzas en la defensa de los campos petrolíferos. Jamás las mafias de la droga, del tráfico humano (incitación a la inmigración), habían proliferado tanto. Túnez: después de acaparar el poder, los islamistas, sorprendidos por la firme reacción de la sociedad civil, aceptan nuevas elecciones en el marco de un diálogo nacional. Pero el país se hunde en una recesión económica dramática, que la constitución de un Gobierno tecnocrático tendrá dificultades para yugular. Mientras

tanto, al sur y al norte del país, arraigan las guerrillas islamistas.

Como trasfondo de este arco de crisis árabes, un verdadero cinturón de fuego recorre el sur de Mauritania y Sudán, pasando por Mali, Níger, Somalia y, más lejos aún, Centroáfrica. Las explosiones interconfesionales y étnicas, afiladas por las desigualdades, destruyen progresivamente los Estados nación heredados de la colonización. Por su parte, Occidente, cuando interviene, lo hace de forma cada vez más militar, y no solo para defender sus intereses, sino, a menudo, para evitar genocidios. En 2014, esta situación será tanto más inquietante, puesto que no habrá solución, ni ahora ni en un futuro próximo. El despertar del odio identitario, ya sea confesional o étnico, genera monstruos.